

ARGENTINA ¿UNA AUSTRALIA ITALIANA?

por **Torcuato Di Tella***

Argentina pertenece a un grupo de países -Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Canadá y Uruguay- y a un grupo de regiones - como el sur de Brasil- que por un tiempo muy largo, casi un siglo, fueron consideradas zonas casi vacías, destinadas a ser ocupadas por la inmigración europea. Pero, ¿cómo se llena un país vacío? Y ¿cuán vacíos estaban, en realidad, estos países? Debemos hacer aquí una primera distinción. Cuando comenzaron las primeras migraciones masivas a través del Atlántico, es decir, a mediados del siglo XIX, Estados Unidos no era un país vacío. Era más bien una sociedad organizada, con sólidas tradiciones políticas y una fuerza militar e industrial capaz de imponerse en la escena internacional. Tenía, cierto es, territorios vacíos para ser llenados por el excedente demográfico del Este y por el que vendría de Europa. Pero este flujo hallaría estructuras consolidadas, a las que se tendría que adaptar sin discutir demasiado las condiciones, como socio menor. En Australia y en el Río de la Plata, la situación era otra. Australia y Nueva Zelanda estaban realmente “vacías”, en el sentido que aquí le damos a esa expresión, mientras que Uruguay y Argentina estaban ocupadas por una población que había luchado por su independencia y formado un Estado. Así, hacia 1820, cuando Australia era poco más que una colonia penal con unos 30.000 habitantes, Argentina (sin incluir Paraguay, el Alto Perú o la Banda Oriental, que sólo nominalmente formaban parte de la nueva nación) tenía ya más de 500.000 habitantes. Canadá estaba en una situación intermedia entre Estados Unidos y Australasia.¹ Pero tanto en Australasia como en Canadá el traslado humano se realizó bajo el control institucional británico; primero a través del gobierno colonial y más adelante a través de los Dominios, que gradualmente fueron adquiriendo autonomía. Por otro lado un elemento más importante aún es que provenían del mismo país que controlaba el área judicial, política y militar. Así si tomamos algunos datos del período formativo de estas naciones, se verá que aunque había una considerable cantidad de inmigrantes, había pocos extranjeros.

CUADRO 1 PORCENTAJE DE POBLACIÓN POR LUGAR DE NACIMIENTO ²

	<i>Australia</i>			<i>Nueva Zelanda</i>			<i>Canadá</i>		
	<i>1871</i>	<i>1901</i>	<i>1921</i>	<i>1891</i>	<i>1901</i>	<i>1921</i>	<i>1871</i>	<i>1891</i>	<i>1901</i>
Nativos	61,2	77,2		58,6	66,8	74,4	83,0	86,6	87,0
Resto de Australasia	--	0,7	85,2	2,6	3,5	3,9	--	--	--
Islas británicas y sus posesiones	--	18,0	12,5	35,6	27,1	20,1	14,0	9,9	7,3
Otros (extranjeros)	--	4,1	3,3	3,2	2,6	1,6	3,1	3,5	5,7
Total inmigrantes	38,3	22,8	16,5 ^a	41,4	33,2	21,7	17,1	13,4	13,0

a Suponiendo el porcentaje del "resto de Australasia" igual a 1901.

Nota: En los casos de Australia y Nueva Zelanda no está incluida la población aborígen.

En los tres casos casi todos los inmigrantes vinieron de las Islas Británicas, lo que significa que mantuvieron su nacionalidad. El viaje a Australia, Nueva Zelanda o Canadá era como una migración interna, un traslado a una provincia lejana, de algún modo autónoma, pero del propio país. Todos los derechos políticos, todos los derechos civiles, todos los hábitos y formas de vida eran conservados; los únicos cambios eran producto de las lógicas adaptaciones debidas a la escasez de mano de obra y otros rasgos culturales, que realzaban el valor del individuo.

* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

No hay duda de que el costo del viaje de regreso marcaba una gran diferencia con una verdadera migración interna. Al fin y al cabo, se estaba construyendo una nueva nación. Pero esto sucedió muy gradualmente, con los límites marcados por el poder colonial que, más que dominar un país extranjero, estaba extendiendo las fronteras de su nación y preparándose para una lenta y no muy conflictiva separación futura. El desarrollo social, político y nacional de estos países -Australia, Nueva Zelanda y Canadá- tuvo lugar como parte del desarrollo del país materno en nuevas tierras. La consecuencia no fue la *amalgama* de dos sociedades; fue más bien una mutación de una parte de la población británica en condiciones muy favorables, bajo el control institucional de la metrópoli, una de las sociedades más avanzadas de la época.

La situación era muy diferente en el Río de la Plata y sur Brasil, donde había una elite modernizante, "europeizada", pero en un país no totalmente europeo. Una situación no muy diferente, para muchos observadores, de la que enfrentaron España o Rusia en la segunda mitad del siglo XIX. Pero, comparados con España o Rusia, el Río de la Plata y el sur de Brasil estaban relativamente "vacíos". Por lo tanto, la solución podía ser la propuesta por Alberdi: traer a estas costas "pedazos de Europa". Así podría reestablecerse la armonía entre la élite *europaizante* y la nueva masa de población *europaica*, que absorbería rápidamente a la nativa. La élite tenía mucha confianza en su capacidad de controlar el proceso de integración, la *amalgama*. La amalgama fue, sin embargo, más complicada de lo que esperaba. La presencia de una enorme masa que no era sólo inmigrante sino también *extranjera* creó problemas sociales y políticos especiales. Mantener el control del proceso habría demandado de las élites tradicionales una capacidad que no tenían. La consecuencia fue una Babel, una Cartago próspera y comercial que no sabía gobernarse a sí misma, para usar metáforas comunes en aquella época. En algunos momentos pareció que la inmigración, en vez de crear una población culta, adaptada al proceso de formación de un país moderno donde serían respetados el trabajo y la propiedad, se convertiría en la base de soluciones violentas de diversos signos. La reacción nacionalista no tardó en llegar, combatiendo el peligro de ser inundados por corriente de ultramar, "inundación" que por otra parte cada uno interpretaba a su manera. Con el tiempo desaparecieron posibilidades revolucionarias basadas en elementos extranjeros, pero permanecieron los efectos del impacto inmigratorio en sistemas políticos de la Argentina y otros países vecinos, lo que merece mayor atención.

La importancia del impacto inmigratorio se ve por el contraste de la situación de los países del Río de la Plata con la de Brasil, Chile y Estados Unidos.

CUADRO 2 PORCENTAJE DE POBLACIÓN POR LUGAR DE NACIMIENTO ³

	<i>Argentina</i>			<i>Uruguay</i>		<i>Brasil</i>	<i>Chile</i>	<i>Estados Unidos</i>		
	1869	1898	1914	1879	1908	1910	1907	1870	1890	1910
Nativos	87,9	74,6	70,1	69,0	82,6	94,6	95,9	85,8	85,5	85,5
Extranjeros	12,1	25,4	29,9	31,0	17,4	5,4	4,1	14,2	14,5	14,5
(Italianos)	4,1	12,5	11,9					0,0	0,3	1,4

La especial situación argentina está clara: la proporción de extranjeros es la más elevada, prácticamente el doble de la de Estados Unidos durante el período formativo, a fines del siglo pasado y comienzos de éste. En Uruguay el número de extranjeros era muy alto (más que en Argentina) alrededor de 1880, como consecuencia de la característica particularmente "vacía" de ese país, y del hecho de que mucha inmigración se concentró en Uruguay en épocas de condiciones no muy favorables en Argentina, como durante el gobierno de Rosas. Pero la proporción de inmigrantes en Uruguay bajó en este siglo a niveles similares a los de Estados Unidos.

Si comparamos estos datos con los del cuadro 1 veremos que el total de *inmigrantes* en Australia y Nueva Zelanda es similar, o incluso superior, al de Argentina. Pero, como ya vimos, no son *extranjeros*, cuyo número, en cambio, es mínimo en esos países. Canadá tiene valores cercanos a los de Estados Unidos en cuanto a inmigrantes, pero la mayoría de ellos provienen de las Islas Británicas y, por lo tanto, no eran extranjeros. Así, hay una gran diferencia en la situación migratoria de estos dos países, porque la mayor parte de los inmigrantes (y, por lo tanto, de extranjeros) en Estados Unidos en el período considerado provenían de otras partes de Europa.

En síntesis, podemos decir que hacia fines del siglo pasado y comienzos de éste:

- 1- Argentina tiene uno de los porcentajes de inmigración más elevados: el doble del de Estados Unidos y Canadá, similar al de Australia y Nueva Zelanda, pero
- 2- en Australia y Nueva Zelanda los inmigrantes son en su gran mayoría británicos, por lo tanto no extranjeros, y lo mismo sucede en Canadá; así
- 3- el impacto *numérico* de *extranjeros* es, en la Argentina (y, en algunos períodos, en el Uruguay) el mayor, creando una situación totalmente diferente de la de Australia y Nueva Zelanda; y, por otras razones, también distinta de la de Chile y Brasil. El caso más parecido a Argentina y Uruguay es el de Estados Unidos, pero incluso allí el porcentaje de extranjeros es bastante más bajo;
- 4- el impacto *cualitativo* de los extranjeros en la Argentina y Uruguay es todavía mayor, en comparación con Estados Unidos, porque en este país la fuerza institucional y política de la sociedad receptora era mucho mayor, y, por lo tanto, también lo era la capacidad de absorción de los efectos de la inmigración.

LOS PROBLEMAS DE LA AMALGAMA

La mayoría de los que debían ser amalgamados en la Argentina eran italianos, especialmente del Norte. Por diversas razones, la corriente transatlántica italiana se orientó en los comienzos hacia América del Sur, donde las condiciones más "vacías" de la región la favorecían. En América del Norte, aún cuando la expansión de la economía prometía prosperidad en el futuro, había que competir con muchos otros grupos que ya estaban establecidos allí, como los irlandeses, los alemanes, otros grupos nórdicos y los judíos. El estatus de los italianos entre las comunidades extranjeras en Estados Unidos no era alto, debido tanto a su bajo nivel educativo como a los prejuicios étnicos. Los italianos, debido a las diferencias de idioma y a otros rasgos culturales, permanecieron en los escalones más bajos de la pirámide, especialmente en relación a los nativos, más preparados en los campos educativo, político y sindical. En América del Norte los italianos eran considerados malos sindicalistas, frecuentemente usados como rompehuelgas. No era fácil para ellos, principalmente en el Este, tener acceso a la tierra. Permanecieron concentrados en las Pequeñas Italías, donde dominaba la mafia, más que los sindicatos.⁴

En contraste, la inmigración noreuropea no había venido en grandes cantidades a Sudamérica, dejando más lugar para italianos y otros europeos del sur. La comparación con los nativos de los estratos bajo y medio bajo los favorecía, por el escaso nivel educativo local y el prejuicio étnico que ubica en los niveles más bajos a los pueblos de sangre mestiza. Los italianos, entonces, a pesar de su pobreza y de su escasa preparación técnica, formaban parte de la "aristocracia de la piel", de manera más obvia en Brasil pero también en el Río de la Plata. Los italianos eran, todavía más que los españoles, como los ingleses en Estados Unidos o Australia, sólo que sin la identidad nacional de estos últimos.

La realidad era que los italianos, junto con los otros extranjeros, estaban verdaderamente inundando las zonas más prósperas de la Argentina. Si en el total del país constituían algo menos de un tercio, en las ciudades principales como Buenos Aires y Rosario eran más de la mitad, y si se considera solamente a los adultos jóvenes masculinos, la mayoría resulta aún más marcada. Entre los círculos dominantes que observaban este fenómeno, la percepción era que teníamos "la mitad de nuestra población" extranjera, lo que exageraba los hechos estadísticos pero reflejaba con exactitud la situación en los centros más importantes del país. Se pensaba que esta tendencia continuaría indefinidamente, lo que implicaría problemas especiales si estos extranjeros no adoptaban la ciudadanía o no eran educados en los valores nacionales.

Los extranjeros, salvo pocas excepciones, no adoptaron la ciudadanía argentina, a diferencia de lo que sucedió en Estados Unidos. Este hecho puede deberse a varias causas: entre las clases dirigentes criollas no todos estaban de acuerdo en otorgar fácilmente la ciudadanía,⁵ pero tampoco las comunidades extranjeras la alentaban, por considerarla un abandono de su patria.⁶ Pero bajo estas actitudes había una realidad estructural: la fuerza y prestigio del Estado nacional en comparación con la comunidad de origen. En Estados Unidos, el país, con su gobierno e instituciones, a pesar de la ocasional corrupción, era visto claramente como superior (en fuerza, en prestigio, en capacidad de brindar protección) a los consulados europeos. En América del Sur sucedía lo contrario, debido al escaso desarrollo del Estado de derecho en estas latitudes. El inmigrante se sentía superior a la nación en que vivía. Superior en la escala de prestigio étnico, al compararse con las clases populares locales. Superior también a los pocos activistas de la *política criolla*, con sus caudillos y la violencia electoral, en general dirigida por miembros del gobierno con apoyo de la policía. Es cierto que, por su lado, las clases altas locales se consideraban a sí mismas superiores, como ocurre en cualquier país del mundo. Pero había un gran vacío entre la clase dirigente local y la masa de extranjeros, en su mayoría trabajadores o pequeños burgueses. Una clase media local consolidada y respetada, como en Estados Unidos, era tan escasa como débil, por el embrionario desarrollo industrial, tecnológico y cultural del país. También era débil la actividad de las asociaciones, que tanto había impresionado a Tocqueville en su viaje por Norteamérica. De acuerdo al proyecto modernizador de la élite, el desarrollo incluso de las asociaciones sería promovido por los mismos inmigrantes, bajo la guía de los

"patricios". ¿Pero era esta fusión posible, especialmente en el aspecto político, el que más preocupaba a los miembros ilustrados de los círculos dirigentes?

Para complicar las cosas vino la ola de violencia que afectó al movimiento obrero europeo, especialmente el sur-europeo, hacia la última década del siglo pasado. Los filoeuropeos de ayer comenzaron a temer a una Europa moribunda que en su crisis amenazaba enviar a América sus peores elementos. Y muchos vinieron, con una bomba en la mano, o al menos eso parecía. Conocidos líderes anarquistas intelectuales cruzaron el océano, y lo mismo hicieron muchos militantes más oscuros de la acción directa.⁷

Para el joven Joaquín V. González, que escribió su tesis sobre la "revolución" en 1885, era necesario educar al pueblo para evitar un proceso similar al del Imperio Romano, que fue víctima del pretorianismo, lo que en las repúblicas tiene efectos aún peores. Los remedios para las revoluciones "como la de Masaniello" eran las reformas y el desarrollo de las asociaciones.⁸

Pero hacia el fin de su vida, en 1920, todavía lamenta que la Argentina no haya tenido, como muchas otras sociedades, "el grado de cultura que no le permitiera nunca perder los vínculos solidarios étnicos y nacionales".⁹

La educación era un aspecto muy importante en la formación de estos "vínculos étnicos y nacionales". El interés puesto por los regímenes liberales conservadores en la educación tenía como objetivo, no sólo la instrucción, sino también la nacionalización de los estudiantes, para contrabalancear los efectos de la educación impartida por los grupos de inmigrantes a sus jóvenes. Las escuelas de las comunidades extranjeras eran muy comunes y se convirtieron en tema de importantes debates. Las mutuales italianas frecuentemente mantenían sus propias escuelas. En 1881 se realizó un Congreso Pedagógico Italiano, de donde surgió una polémica con Sarmiento, quien desde las páginas de *El Nacional* atacaba el divisionismo producido por las escuelas de idioma extranjero. Al año siguiente, el gobierno del Gral. Roca organizó otro Congreso Pedagógico oficial, para preparar a la opinión pública para una reforma legal, que se concretó con la sanción de la ley 1420 que establece la educación gratuita, laica y obligatoria, bajo los auspicios del Estado o en institutos privados bajo control estatal.¹⁰

Como fue mencionado anteriormente, en el Río de la Plata los extranjeros, particularmente los italianos, se encontraron en una posición social más alta, en comparación con los nativos, que la de los inmigrantes en Estados Unidos. Esto facilitó su incorporación a la sociedad local y su mezcla con los habitantes del país. Desde el punto de vista de la asimilación social, se puede decir que la amalgama tuvo mejores resultados en América del Sur que en América del Norte. La inexistencia de *ghettos* étnicos, en comparación con la situación de Estados Unidos y de Canadá, es probablemente un indicador de la mayor facilidad de asimilación, que rápidamente disolvió las primeras congregaciones de comunidades extranjeras, como la italiana de la Boca. Los italianos tuvieron buenas oportunidades de ascenso social a través del comercio, el trabajo artesanal, la industria y -aunque en menor grado- a través de la propiedad de la tierra. La propiedad territorial estaba muy monopolizada en la Argentina, y algunos intentos de establecer un equivalente de las *Homestead Laws* nunca triunfaron. De todas formas, un gran número de inmigrantes, incluyendo los italianos, se convirtieron en arrendatarios de chacras pequeñas y medianas, y otros se beneficiaron con los planes de colonización en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y parte de Córdoba. La situación en Estados Unidos, en comparación, no era mucho mejor para ellos, porque si bien allí la tierra estaba más subdividida, en la mayoría de los casos ya estaba ocupada. En consecuencia, los agricultores más capaces entre los emigrantes italianos (los del Norte de la península) vinieron al Río de la Plata porque aquí podrían aplicar mejor su oficio. Esto explica parcialmente que exista un mayor porcentaje de migrantes del Norte de Italia en la Argentina que en Estados Unidos; lo que también ayuda a explicar el status más elevado de la comunidad italiana en el Río de la Plata.¹¹

Por lo tanto, para la mayor parte de los inmigrantes, particularmente los de origen latino, la amalgama social fue un gran éxito. En cuanto a la amalgama política, la cosa es distinta. Y no por falta de grupos interesados en llevarla a cabo, sino porque este tipo de amalgama es mucho más complicada que la puramente social. Casi puede decirse que es imposible que una proporción tan grande de población extranjera, en condiciones de debilidad del sistema institucional local, se incorpore al sistema político con un grado de participación similar al que habría tenido si hubiera permanecido en el país de origen. Estamos hablando, por supuesto, de élites (a cualquier nivel de clase), de minorías, pero de minorías muy estratégicas para la salud de un país.

LA PARTICIPACIÓN DE EXTRANJEROS EN LAS LUCHAS CIVILES: EL CASO ITALIANO

La colonia italiana en el Río de la Plata tenía una historia peculiar, ligada a la larga presencia de Garibaldi en Uruguay y en el sur de Brasil (de 1834 a 1848). Durante la guerra entre el gobierno colorado de Montevideo, apoyado por los exiliados argentinos, y las fuerzas de los blancos, aliados con Rosas, las colonias extranjeras participaron vigorosamente en la defensa de la "Nueva Troya", formando legiones. Muchos de los extranjeros que estaban en Montevideo tenían vínculos con los movimientos radicales y de independencia nacional de sus países, particularmente los italianos. Garibaldi fundó la Legión Italiana y fue comandante de la armada uruguaya. Los mazzinianos eran bastante activos en Montevideo. Entre ellos estaba Gian B. Cuneo, que había

sido periodista en la península, y fue luego biógrafo de Garibaldi y representante del gobierno argentino para la colonización. Publicó en Montevideo el *Legionario Italiano* (1844-1846) y estableció una sólida amistad política con Mitre. Mitre mantuvo durante toda su vida el respaldo de la comunidad italiana, comenzado durante la defensa de Montevideo,¹² especialmente de los sectores liberales y republicanos. En las guerras civiles argentinas ya había habido participación forzada de italianos y otros extranjeros. En 1829 el gobierno unitario, a través de su ministro de guerra Brown, crea batallones de extranjeros para defender la ciudad (excepto los norteamericanos e ingleses, protegidos por tratados). Los franceses mueven influencias para ser exceptuados y en los españoles no se confía por pertenecer a una nación enemiga que todavía no ha reconocido la independencia nacional. Son los italianos, por lo tanto, los componentes principales del Batallón de los Amigos del Orden, a quienes se les promete la ciudadanía cuando terminen las hostilidades. Pero el nuevo gobierno de Rosas disuelve el batallón a fines de 1829 y no cumple con la promesa de ciudadanía.¹³

Cuando cae Rosas, muchos miembros de la Legión Italiana de Montevideo vinieron a Buenos Aires, entre ellos su jefe, Silvino Olivieri, sucesor de Garibaldi. Después de la revolución del 11 de setiembre de 1852, por el conflicto con Urquiza, Buenos Aires está rodeada por el enemigo, y Olivieri forma otra Legión Italiana, que pronto es honrada con el nombre de Legión Valiente. Para esta época la Armada tiene cuatro italianos por jefes: Piccolini, Pittaluga, Murature y Fidanza. Uno de los garibaldinos de Montevideo, Lazzaro Ricchieri, se establece en la provincia de Buenos Aires; su hijo Pablo se convertiría en jefe del ejército hacia fin de siglo y daría comienzo al reclutamiento universal para el servicio militar.

Gian B. Cuneo, el periodista, también viene a Buenos Aires, y encamina sus esfuerzos a intentar publicar un periódico en italiano. La ocasión se presenta cuando vuelve a Buenos Aires Olivieri, el jefe de la Legión Valiente, luego de un desafortunado viaje a Italia donde es encarcelado debido a sus actitudes rebeldes. Olivieri forma una Legión Agrícola Militar (1855) con gente contratada por tres años, y obtiene una concesión de tierra cerca de Bahía Blanca con la condición de defender la región contra los ataques de los indios. Cuneo publica varios números de un boletín llamado *Legione Agricola*. Esta colonia fue disuelta luego de conflictos internos que llegaron a costar la vida a Olivieri. En su funeral en Buenos Aires, es Mitre quien pronuncia la oración fúnebre.¹⁴

En esta época la ciudad de Buenos Aires tenía ya una gran proporción de extranjeros. Sobre un total de 91.395 habitantes, el 36 % eran extranjeros, siendo los italianos el grupo mayor (11 % del total).¹⁵

En 1859, durante la guerra contra Urquiza, la Legión Valiente es reorganizada, bajo la dirección de Antonio Susini, otro garibaldino de Montevideo. Otras dos legiones son formadas durante la Guerra del Paraguay, comandadas por Ghiribone y Ciarlone. Durante este conflicto Italia estableció una estación naval permanente en América del Sur, dirigida por el Almirante Ricardi, llegado en 1865 para proteger a los súbditos italianos durante la guerra. Esta estación estaba formada por cuatro barcos establecidos en Montevideo y otros dos en el alto Paraná.¹⁶

La aventura política y el contrato mercenario posiblemente se combinaban como motivaciones para la participación italiana en estas legiones. Era difícil formar ejércitos en las guerras, y los voluntarios eran particularmente necesarios, especialmente si eran extranjeros y, por lo tanto, fácilmente detectables en caso de desertión. De cualquier forma, la consecuencia fue su ubicación en posiciones militares permanentes, tanto como oficiales cuanto en la tropa, y cierta participación en las luchas civiles. Así fue en 1880, cuando el conflicto fue percibido como una confrontación entre la sociedad moderna, liberal y autónoma de Buenos Aires y la retrógrada y conservadora de las provincias del interior, dominadas por sus oligarquías. Esta visión distorsionaba los hechos, pero fue compartida por buena parte de la opinión pública en la ciudad de Buenos Aires. Los italianos eran en su mayoría residentes en esta ciudad o su provincia, y estaban vinculados con Mitre, quien tenía seguidores entre la pequeña burguesía y los estudiantes y el apoyo de los intereses comerciales y territoriales. Los mazzinianos simpatizaban con la causa de Buenos Aires, donde tenían sus amigos y ciertas garantías. Importantes sectores del comercio y la industria organizaron una manifestación masiva por la paz en mayo de 1880, antes del conflicto, con sólida participación de italianos. Pero cuando la lucha se inicia se forman dos batallones de 7.000 hombres, de acuerdo con los comentarios de prensa, bajo la dirección del comandante Larghi. Forman frente a la casa de Mitre y participan en las barricadas en el bando de Tejedor, pero son disueltos luego de la victoria del gobierno central y la federalización de la capital.¹⁷

En 1890 otro conflicto civil: la agitación popular que acompaña la formación de la Unión Cívica, dirigida por Mitre y apoyada por sectores católicos y los que más adelante formarían el Partido Radical. El gobierno acusa a la Unión Cívica de estar formada principalmente de elementos extranjeros. En respuesta, los organizadores pidieron en la manifestación popular siguiente que los participantes extranjeros se ubicaran en un lado, para no ser confundidos con la masa de ciudadanos que ejercían sus derechos.¹⁸ Cuando comienza la insurrección, entre las fuerzas civiles que arman "cantones" (grupos armados que ocupaban balcones y formaban barricadas) se encuentra cierto número de extranjeros, incluyendo italianos. Es cierto que también los había del otro lado, el del gobierno: el jefe del Ejército era Nicolás Levalle, nacido en Italia aunque criado en la Argentina desde su

infancia.¹⁹

Las complicaciones políticas surgidas de la revolución de 1890 no se acaban aquí: en 1893 una revuelta armada dirigida por el partido Radical bajo el liderazgo de Leandro Alem consigue algunos triunfos en Santa Fe, Buenos Aires y otros lugares. Los mitristas los respaldan. Lisandro de la Torre, entonces miembro del Partido Radical, comanda un grupo armado en la ciudad de Rosario que incluye varios italianos. ¿Participantes convencidos o mercenarios? No es fácil decirlo, pero tampoco es cuestión de esperar de los italianos un grado de conciencia mucho mayor que el de los participantes argentinos. Más importantes fueron las secuelas de estas agitaciones, producto del respaldo que tuvo el movimiento entre los agricultores de las colonias del centro de la provincia de Santa Fe, casi todos extranjeros. Estas eran las colonias más antiguas, y por lo tanto, vivían allí bastantes descendientes argentinos. La crisis económica que sufría el campo empujó a los colonos a respaldar la revolución. Formaron grupos armados que fueron derrotados en la confrontación con el ejército nacional, produciendo una reacción antiextranjera en muchos círculos. La mayoría de estos "colonos en armas"²⁰ eran alemanes o suizos. Los italianos, de acuerdo a fuentes contemporáneas, no fueron muy activos en esta ocasión.

Finalmente, otro episodio legionario, durante el conflicto de límites de fin de siglo con Chile, cuando la guerra pareció estar cerca. La preocupación por la formación de tropas para la defensa del territorio nacional llevó a sancionar la ley de servicio militar. Pero antes de la sanción de esta ley hubo un intento de reclutar tropas entre la colectividad italiana. En 1898 se forma una Legión Italiana compuesta, según sus organizadores, por 20.000 soldados y 500 oficiales. Un italiano de múltiples actividades en la comunidad, Fernando María Perrone, representante de empresas italianas constructoras de barcos de guerra, fue el inspirador de esta Legión. Fue muy criticado por quienes sostenían que los extranjeros no debían participar en un conflicto entre dos países que albergaban sendas colectividades. Pero en la Argentina realmente los italianos eran muy numerosos, lo que no era el caso de Chile. Era de esperar, por lo tanto, que la solidaridad y decisión para luchar que pudiera haber en Argentina, no iba a ser igualada en el otro lado de los Andes. En 1898 la Legión fue disuelta, luego de saludar al Presidente Roca.²¹ En esta época la diplomacia italiana favorecía a la Argentina, y se decidió a vender a este país dos barcos de guerra italianos para contrabalancear la armada chilena, que parecía ser superior. La "conexión italiana" fue cultivada por algunos líderes políticos, en especial Roque Saenz Peña, electo presidente en 1910. El había participado como voluntario en el ejército peruano en la Guerra del Pacífico contra Chile, y era considerado un "duro" en política exterior. Hacia 1910, sin embargo, la tensión con Chile se había aliviado, aunque se había agravado con Brasil. Saenz Peña, antes de ocupar la presidencia, realizó una serie de movimientos destinados a consolidar la especial armonía con Italia.

INTELECTUALES Y MOVIMIENTO OBRERO

El movimiento sindical argentino fue formado, en gran medida, por extranjeros. No podría haber sido de otro modo, dada la composición demográfica del país y el débil desarrollo de la manufactura y el trabajo artesanal local. En esto hay un fuerte contraste con Estados Unidos, donde el sindicalismo estaba basado principalmente en los nativos, aunque también participaban extranjeros. En ese país muchos grupos inmigrantes, especialmente los italianos, españoles y los de las zonas menos industrializadas de Europa, tardaban en incorporarse a los sindicatos. En la Argentina -como también en el Uruguay- los inmigrantes del sur de Europa eran la principal fuente de mano de obra, calificada o no, y formaron sindicatos como expresión de sus propios intereses. En cambio, la fuerza de trabajo nativa, de origen criollo, en las zonas donde dominaba, como aquella de la industria azucarera tucumana, no participó en la experiencia sindical hasta mucho más adelante, salvo raras excepciones.²²

Para los inmigrantes, la participación en el sindicato era una forma concreta de defender su nivel de vida, lo que podían hacer con o sin ciudadanía. Para muchos se daban también motivaciones ideológicas, anarquistas o socialistas. Entre los inmigrantes había un importante sector de clase media, con preparación intelectual o periodística, que pronto militó dentro de las colectividades establecidas en la Argentina. Se dio aquí un fenómeno que puede llamarse "audiencia cautiva". Los activistas extranjeros encontraron un tipo de compatriota que probablemente no hubiera prestado atención a sus mensajes en su país de origen, por ignorancia, falta de oportunidades o una actitud de "no meterse". Una vez llegados a la Argentina enfrentaron una nueva experiencia: el desarraigo implicaba una fuerte dosis de movilización social e incluso anomia, es decir, ruptura de lazos con los tipos tradicionales de autoridad (el sacerdote, el *padrone*, el jefe de familia extendida) y con las certidumbres de la vida en los pequeños pueblos, de donde muchos de ellos venían. Esta situación de movilización o disponibilidad social los predisponía a recibir nuevos mensajes, aún cuando seguramente seguirían experimentando resistencias a aceptar ideas tan nuevas, tan inesperadas, tan opuestas a aquellas con las que se habían criado. Esas mismas nuevas ideas, expresadas por un activista argentino, seguramente no habrían tenido demasiado impacto en sus mentes o en sus corazones. Pero cuando las escuchaban de alguien que venía del viejo país, la cosa era muy distinta. Y dado el tipo de inmigración, la mayoría de los intelectuales e ideólogos provenían de la izquierda, algunos eran republicanos y raros los católicos. La influencia que las nuevas ideologías podrían haber tenido por su propia fuerza en el medio socioeconómico del Río de la Plata se reforzaba

cien veces porque se las percibía como ideologías casi *nacionales* o como rasgos culturales de los inmigrantes. Sostener estas doctrinas se volvió una forma de consolidar la autoimagen, tan deteriorada durante el viaje a América.

Para los italianos, además, se agregaba otro factor: que su propio nacionalismo político tenía algo de revolucionario, de anticlerical, como sucede hoy con el nacionalismo tercermundista. El rol de los mazzinianos es muy importante en este sentido. En 1858 llega Gaetano Pezzi, uno de los primeros de ese grupo, y poco después se convierte en presidente de la sociedad mutua-lista recién fundada *Unione e Benevolenza*. Esta sociedad, como muchas otras, no sólo se dedicaba a actividades de asistencia mutua y educativa, sino que también participaba en la política de la colectividad. En 1879 Pezzi comienza a publicar su *Amico del Popolo*, "Organo delle Società Repubblicane", periódico destinado a una larga vida, ya que se editó hasta pasada la Primera Guerra Mundial. En las páginas del *Amico del Popolo* se expone la teoría mazziniana, pero también pueden encontrarse discusiones y explicaciones sobre el significado del socialismo "científico y moderado", desde 1880.²³ Esta actitud, que varía con el tiempo, fluctúa desde el apoyo al socialismo hasta la crítica a los aspectos sectarios y autoritarios del movimiento, resultado, según se alega, de la negación del rol de la propiedad privada. De todos modos, cuando se defiende la propiedad privada, es sólo en cuanto fruto del trabajo personal y el ahorro.²⁴ Esta praxis de un socialismo "pequeño burgués" o radical-socialismo comenzó por lo menos quince años antes de la formación del Partido Socialista, en 1895, partido que si bien era más izquierdista en teoría, en la práctica ocupó ese lugar en el espectro político. Otros grupos extranjeros ya habían comenzado a difundir principios socialistas, como los alemanes del Club *Vorwaerts* desde 1882, o Germán Ave Lallemand, intelectual también de origen alemán, que desde 1890 expuso la doctrina socialdemócrata de Marx desde el semanario *El Obrero*.²⁵ Los anarquistas predominaron en el movimiento obrero hasta 1910, pero luego comenzaron a declinar, especialmente después de la Primera Guerra Mundial, aunque estuvieron muy activos durante la Semana Trágica de enero de 1919 y las huelgas de la Patagonia en 1922, ambas con gran participación de extranjeros. Muchos de los líderes anarquistas venían de Europa, y por su ubicación podrían ser llamados -abusando de una terminología- intelectuales orgánicos de la clase trabajadora. Los anarquistas no tuvieron mucho éxito en la conquista de la *intelligentsia* argentina, aún cuando hubo algunas excepciones, como la ocasional simpatía de Leopoldo Lugones cuando publicó el periódico *La Montaña* con José Ingenieros, y el apoyo más permanente de Alberto Ghirardo, director del quincenario artístico, literario y político *Ideas y figuras*. Este vínculo "orgánico" entre la clase obrera y un grupo intelectual con un nivel de vida cercano al popular, compuesto por tipógrafos, pequeños comerciantes o empleados, fue consolidado por la identidad étnica común, en el sentido más estricto de nacionalidad o en el más amplio del origen europeo común. Este vínculo "orgánico" no se extendió al resto de la clase obrera nativa, que no poseía las condiciones económicas, culturales y ambientales para el desarrollo de esa "conciencia de clase". La distancia que los separaba de los obreros extranjeros (que eran mayoría entre los trabajadores urbanos) volvió difícil su evolución hacia el anarquismo o el socialismo: ésas eran "cosas de gringos".

El Partido Socialista, en cambio, tenía vínculos más sólidos con la población que ejercía los derechos cívicos, probablemente porque su ideología se adecuaba mejor a ciertos sectores pequeño burgueses como los maestros o los artesanos. La mayoría de la clase obrera urbana, por ser extranjera, no participaba en las elecciones. La propaganda anarquista que instaba a ignorar las elecciones coincidía con la natural desconfianza que los inmigrantes sentían hacia el sistema político e institucional del país. Sin embargo, los pocos extranjeros que adoptaron la ciudadanía, y una gran parte de la población potencialmente izquierdista de la ciudad de Buenos Aires, votaban al Partido Socialista. Esta orientación hacia las urnas, no muy convincente durante la era de las elecciones fraudulentas, se volvió más lógica después de la sanción de la ley Saenz Peña, lo que coincidió con la decadencia anarquista, debida también a otras razones.²⁶

En este contexto fueron muy importantes las visitas de Enrico Ferri en 1908 y 1910. Ferri ya había pasado su fase más radical, y se había alejado del Partido Socialista Italiano, aún cuando mantenía su convicción en un socialismo evolucionista al que se llegaría a través de la participación en gobiernos burgueses, como en Francia. Se creía que Ferri se convertiría pronto en un miembro del gabinete italiano, lo que acrecentaba el interés por sus conferencias. En algunas de sus charlas criticó al Partido Socialista local, que de acuerdo con su criterio tenía planteos teóricos excesivamente revolucionarios, junto a una práctica muy moderada. Esta combinación no funcionaba, particularmente en un país como la Argentina que debido a su débil desarrollo industrial no justificaba, según Ferri, la presencia de un movimiento revolucionario de la clase obrera. Un movimiento radical-socialista hubiera sido más lógico, para adecuar la teoría y la propaganda a la práctica real. Esto era especialmente necesario porque, de acuerdo con Ferri, en la Argentina no existía un partido político "serio" de tipo radical-socialista, ya que la Unión Cívica Radical era un partido demagógico y personalista, sin doctrina sólida ni programa de gobierno. Este programa debería ser elaborado no sólo través de la revisión teórica, sino que más bien debería surgir de la repetida participación en los órganos del gobierno burgués, desde el nivel municipal en adelante. Juan B. Justo, líder del Partido Socialista, respondió algo enojado por el hecho de que un

extranjero viniera a dar este tipo de consejos, y todo el partido quedó enfrentado, convirtiendo a Ferri en un chivo expiatorio que encamaba a los teóricos que se equivocan por falta de conocimientos sobre el país. Sin embargo, con la perspectiva que nos da el paso del tiempo, es como para estar menos seguros hoy sobre quién tenía razón en ese debate.²⁷

EL SISTEMA DE PARTIDOS POLÍTICOS DE LA ARGENTINA

Veamos ahora cómo era el sistema de partidos políticos durante la etapa formativa de la Argentina moderna. Aún cuando los límites entre los partidos no están claros y sus características son frecuentemente muy personalistas, se pueden discernir algunos rasgos. Desde ya antes de 1880 se van dando las precondiciones para la formación de un partido gubernamental, oligárquico y algo conservador, aunque con elementos liberales en su ideología. Es el partido de Roca, el Partido Autonomista Nacional (P.A.N.), más adelante sólo Nacional. A pesar de que a veces se dividió por cuestiones personalistas, era el cuerpo de gobierno más fuerte que había en el país. La oposición principal fue, por mucho tiempo, el mitrismo, bajo el nombre de Partido Liberal, y, más adelante, Unión Cívica. Este partido, con base en la provincia y, sobre todo, la ciudad de Buenos Aires, había tenido el poder durante la presidencia de Mitre, y lo perdió a manos de una coalición de intereses provinciales que se volvió progresivamente conservadora aunque manteniendo elementos anticlericales y modernizantes. La ciudad de Buenos Aires concentraba potencialmente tantos elementos de poder, que el hecho de que el mitrismo tuviera fuerza principalmente en ella no era de por sí un factor excesivo de debilidad. Y no lo era, particularmente, mientras la ciudad no estuviera federalizada. Mitre, con una base social bastante fuerte entre la pequeña burguesía nativa y extranjera, como también en el ámbito comercial, se podría haber convertido en líder de un movimiento liberal de oposición capaz de recuperar el poder. Un equilibrio entre el partido de Roca (P.A.N.), conservador, y el más liberal y popular de Mitre, podría haber dado lugar al esquema europeo "clásico". Algo así existía en Chile, dos partidos que se alternaron en el poder, provocando la extensión de la participación popular y la democracia. ¿Por qué no en la Argentina?

Creo que una respuesta debe buscarse en el hecho de que en la Argentina los partidos no tenían adecuadas conexiones orgánicas con las clases poseedoras. El P.A.N., aunque propiciaba una política conservadora y favorable a los intereses de la oligarquía, estaba demasiado manejado por caudillos y sus comités, quienes movilizaban sectores marginales de la población durante la época de elecciones para intimidar a sus adversarios. Como fue recientemente observado por Halperin Donghi, ya Sarmiento se quejaba de la falta de control sobre el partido gobernante por parte de los propietarios territoriales.²⁸ Si se leyera literalmente a Sarmiento parecería que el P.A.N. fuera una suerte de peronismo *avant la lettre*. Sin duda, esto sería un error, porque la manipulación de elementos del mundo marginal urbano por parte de los seguidores de Roca era un elemento más bien periférico en su política. No era una política movilizadora de las masas, como si lo fue en ciertos momentos la fórmula política de Rosas y de otros caudillos de las provincias.²⁹ Pero el uso excesivo de elementos de los comités, si bien no era una actitud movilizadora, se debía a la falta de una participación más directa y espontánea de las clases propietarias. Esto creó un vacío de participación incluso entre los sectores más beneficiados con su política y de quienes podría esperarse más apoyo. Podría decirse que el gobierno desempeñaba el rol de un *condottiere*, en quien las clases dominantes delegaban la defensa política de sus intereses, sin pedir participar en los detalles. Este fenómeno también se daba en el mitrismo, a pesar de que sus dirigentes tenían más capacidad de reunir una muchedumbre en la calle, como sucedió en 1890. En general, la burguesía y pequeña burguesía, nativa o extranjera, eran un pobre respaldo para el partido que podía representarlas. En las regiones más prósperas del país casi toda la burguesía comercial e industrial, el proletariado y buena parte de los empleados de oficina eran extranjeros, y por lo tanto no estaban muy cercanos ni vinculados orgánicamente a los partidos políticos. Quedaban los grandes terratenientes, los militares, los empleados públicos y los sectores marginales de los estratos más bajos. Un verdadero paraíso para las combinaciones políticas más extravagantes.

No es que la burguesía y el proletariado, es decir los extranjeros, hubieran estado totalmente fuera del sistema político. Ya hemos visto en secciones anteriores que existían algunos vínculos, y no podía ser de otra forma, puesto que un grupo tan numeroso y lleno de recursos como los extranjeros no podía permanecer fuera de la arena política pues debían arreglarse de alguna manera para defender sus intereses. Veamos cuáles eran las posibles formas de participación política. Se pueden distinguir tres principales:

- 1- *Protesta violenta en casos extremos*: participación en movimientos armados o en luchas civiles, como en 1880, 1890 y 1893, en huelgas generales como las de principios de siglo, o los sucesos de la Patagonia de 1922 o la Semana Trágica. En todos estos casos hubo mucha participación extranjera.
- 2- *Organización para la defensa de intereses económicos*: va desde la formación de sindicatos obreros a la creación de cámaras comerciales o industriales, más abiertas o más cerradas, de tipo asociativo o corporativista. En este campo también fueron bastante activos los extranjeros, especialmente en los sindicatos, mientras que, curiosamente, los empresarios lo han sido menos. Dados sus recursos, se podría

haber esperado una estructura representativa de los intereses comerciales e industriales más desarrollada y unida. Quizás esto es porque a medida que se asciende en la escala social existe menos motivación para la participación reactiva, que es el tipo dominante en movimientos de protesta violenta. Hay menos razones, entonces, para superar la actitud indiferente e individualista, centrada en la administración de los propios intereses, dejando los problemas corporativos en manos de profesionales.

- 3- *Respaldo y participación en un movimiento político o ideológico*: este nivel es bastante más complejo que los anteriores. Hay diversos niveles e intensidades de participación, y diversas motivaciones posibles para ella, conscientes o no. Pero en general se puede decir que entre determinado sector de clase y un movimiento político hay una potencial "circulación de élites", un intercambio mutuo de experiencias, ideas y recursos, económicos y culturales. Esta circulación -simbolizada en la concepción gramsciana por el vínculo entre la clase y los intelectuales orgánicos- está obstruida en una sociedad donde sectores tan grandes de las clases sociales más estratégicas son extranjeros. Como ya vimos, existía cierto tipo de "minicirculación" dentro de los grupos foráneos, por ejemplo entre los líderes anarquistas y la masa de inmigrantes, pero este vínculo no tenía mucha influencia en el área propiamente política. La política nacional, particularmente la electoral, era "cosa de criollos"; por lo tanto, los nativos permanecían en una especie de *ghetto* dentro de su propio país. Las principales fuerzas económicas, las clases sociales más características del país moderno quedaban afuera, no se integraban en ese esquema. Los grupos políticos nacionales, basados en terratenientes, militares, empleados públicos y sectores marginales, giraban entonces un poco en el vacío, sin adecuadas conexiones con los grupos económicos y sociales principales del país, gran parte de los cuales era extranjera.

Si este análisis es correcto, pueden deducirse de él varias consecuencias:

- 1) Rasgos aparentemente "populistas" en los partidos conservadores, cuyo carácter criollo les hacía difícil obtener el apoyo de clases sociales con mentalidad más convencional, en especial los sectores no terratenientes.
- 2) Debilidad del partido liberal (Unión Cívica, mitristas), cuyo respaldo podría haber estado en la pequeña y gran burguesía. Estas clases, al estar compuestas mayoritariamente por extranjeros, no pudieron entrar en una conexión "orgánica" con ese partido, que así permaneció débil y terminó desapareciendo.
- 3) Debilidad de las corrientes socialistas o radical-socialistas. Aún cuando el Partido Socialista intentó ocupar este espacio, no lo hizo con convicción y no pudo consolidar sus bases humanas, ya que el elemento foráneo era dominante.
- 4) En vez de un partido liberal o radical-socialista, se generó un partido popular basado principalmente en los sectores medios, o altos con movilidad descendente de la parte criolla de la población. Este partido intentó obtener el respaldo y representar los intereses de las clases media y popular en su totalidad, pero al carecer de vínculos orgánicos con esas clases, se volvió populista y personalista. No era lo suficientemente izquierdista como para conseguir el apoyo de los sindicatos, pero era demasiado radicalizado, verbalmente, como para consolidar sus bases entre la burguesía más próspera. Desde sus comienzos había en el Partido Radical sectores más moderados, pero estos sectores fueron sistemáticamente dejados de lado por el partido durante este período.

EL SISTEMA AMENAZADO Y LA REACCIÓN NACIONALISTA

Hacia fines del siglo pasado y comienzos de éste, digamos entre 1890 y 1920, el sistema político y social argentino estuvo seriamente amenazado por posibles conmociones revolucionarias internas. Este es un tema discutible, por supuesto, y si se mira a la Argentina de esos años con el cristal de la Argentina próspera y confiada de la década del 20 hasta la del 60, sin duda parecerá imposible que alguien se hubiera preocupado, en este país, por la perspectiva de una revolución social. La experiencia más reciente, aunque en un contexto totalmente alterado, nos permite mirar al Río de la Plata bajo una luz diferente. Ya Bolívar, cierto que en condiciones aún más distintas, tenía de nosotros la imagen de un pueblo violento y belicoso. Cambian los tiempos, y las imágenes -y a veces la realidad- cambian también.

La masa humana que llenaba la ciudad de Buenos Aires y otras ciudades de la región pampeana era de un tipo muy peculiar, debido a su falta de raíces, inestabilidad familiar y social y, por lo tanto, violencia potencial. La emigración era un trauma difícil de concebir, particularmente en los primeros años de la experiencia de cada uno. Cuando llegaban muchos inmigrantes juntos, en gran parte estacionales y hombres solos, la bomba de tiempo se volvía realmente amenazante.

Esta masa concentrada -en estado de desesperación por las condiciones de recepción- era en un comienzo muy diferente de aquello en que se convirtió después: una clase media pacífica y laboriosa. Una masa así, movilizadora socialmente, en un estado de disponibilidad, es el componente clásico de agitaciones y violencias de todo tipo,

revolucionarias o populistas. Ciertamente es que no tenía las condiciones que se requerirían en una interpretación marxista ortodoxa para considerarla la base de una revolución triunfante. Pero las clases dirigentes locales no habían estudiado el marxismo, y su intuición les hacía temer lo que hoy llamaríamos "rebeldes primitivos", para adoptar el concepto de Hobsbawm. Estas rebeliones en periodos de baja industrialización son bastante más peligrosas que las postuladas por Marx para las sociedades industriales avanzadas. Para los grupos dominantes no hay consuelo en la idea de que luego de su destrucción no serán sustituidos por el socialismo sino por otra dominación de clase. El miedo de la clase dominante argentina de esa época, expresado constantemente por sus más variados representantes políticos e intelectuales, no era pura paranoia.

La amenaza revolucionaria tenía dos componentes, a saber:

- 1- sectores de la clase media o media alta nativos, no incorporados adecuadamente al sistema de dominación vigente, demasiado oligárquico y exclusivo (estos grupos se expresaban, en su mayoría, a través del Partido Radical) y
- 2- las masas populares, en su mayoría inmigrantes, sujetas a la influencia anarquista y dispuestas a la violencia.

Estos dos sectores no son muy distintos de los que comenzaron la Revolución Mexicana, a fines de 1910. *Mutatis mutandis*, Francisco Madero es el equivalente de las clases media y alta nativas, es decir, de los radicales; mientras que Zapata y los otros líderes campesinos pueden equipararse a las masas inmigrantes de la Argentina. Si el sistema político no se abría, las continuas rebeliones y conspiraciones del Partido Radical, que eran intentadas o explotaban cada dos o tres años, terminarían por encender la mecha. El movimiento obrero y los anarquistas no simpatizaban mucho con los radicales, pero era imposible predecir qué podría pasar si una de esas revoluciones radicales duraba un poco más, generando un comienzo de guerra civil y la consiguiente búsqueda frenética de aliados. Las convicciones ideológicas de los anarquistas, que los hacían rechazar cualquier colaboración con los radicales, eran, irónicamente, una defensa contra la posibilidad de un levantamiento masivo. ¿Pero se podía estar tan seguros de este freno? La Revolución Mexicana contestaría negativamente, por la fuerte colaboración que dieron varios grupos anarquistas al proceso revolucionario, proceso que tuvo gran eco en el Río de la Plata.³⁰ Más que la pureza de las convicciones anarquistas o socialistas, lo que dificultaba la combinación revolucionaria era la condición masivamente extranjera de uno de sus elementos.

Esta distancia social entre los dos componentes de la posible alianza revolucionaria no significa que no hubo casos, y aún varios de ellos, de participación de extranjeros en las actividades del Partido Radical. Ya vimos el caso de los "colonos en armas" de Santa Fe en 1893. Hubo otro caso importante: el Grito de Alcorta, huelga agraria en un amplia área de Santa Fe y Buenos Aires, en 1912, organizada por chacareros arrendatarios, que en su gran mayoría eran italianos, empezando por sus líderes.³¹ Esta huelga tuvo un respaldo muy fuerte del Partido Radical, que recién había conquistado el gobierno de la provincia. Pero estos radicales de la provincia de Santa Fe eran un grupo antiyrigoyenista, el ala proliberal y antipersonalista de la Unión Cívica Radical.

Fue un político radical, Crotto, quien se opuso a la incorporación al Congreso de Enrique del Valle Iberlucea en 1913, el primer senador socialista, aduciendo que formaba parte de una conspiración foránea, Del Valle Iberlucea, nacido en España, contraatacó recordando que la posición inicial del partido Radical en épocas de Alem, era favorable a los extranjeros (cuando también Lisandro de la Torre pertenecía al partido), y que había cambiado bajo la dirección de Hipólito Yrigoyen hacia una posición xenófoba.³² Esta actitud no era la dominante en el Partido Radical, pero parece haber sido bastante fuerte durante el período medio de su desarrollo, coincidiendo con los primeros momentos del liderazgo de Yrigoyen. Con el tiempo la nueva clase media, en gran parte descendiente de inmigrantes, encontró su canal electoral a través del Partido Radical, que lógicamente cambió de actitud.

La reacción nacionalista se dio en amplios sectores del espectro político argentino, en especial fuerzas armadas, terratenientes e intelectuales vinculados con las clases altas nativas, como Leopoldo Lugones, Rojas y Gálvez.³³ Una parte importante de la élite modernizante abandonó progresivamente sus convicciones liberales y apoyó a diversas formas de autoritarismo. El mismo Lugones es un ejemplo de quienes, como el Gral. José F. Uriburu, Carlos Ibarguren y otros, habiendo comenzado con posiciones liberales, terminaron apoyando al fascismo.

La primera expresión importante de la reacción nacionalista fue la formación de grupos de ataque y defensa durante la Semana Trágica, en enero de 1919. Se creó la Asociación del Trabajo para vigilar al sindicalismo, y la Liga Patriótica como un movimiento de acción cívica paramilitar. Pocos años después, en la revolución de 1930, estos elementos llegan al poder, aunque todavía mezclados con muchos componentes liberal-conservadores. El joven oficial Juan D. Perón participa en estos sucesos, pero desconfiando de la posibilidad de una vuelta al pasado sin apertura del sistema. En 1943 el triunfo corresponde otra vez a elementos nacionalistas y antiliberales preocupados por la descomposición del régimen iniciado en 1930. Esta vez Perón está desde el principio entre los líderes más influyentes y toma rápidamente un rol directivo, probando su fórmula, que mucho debe a sus observaciones de la realidad italiana, realizadas cuando era enviado militar en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

Perón intentó, con éxito, unir "pueblo y ejército". En la palabra "ejército" hay que leer no sólo las fuerzas armadas, sino también ciertos grupos de la burguesía que necesitaban protección para sus industrias, por tanto potencialmente antiliberales en sentido económico. La coalición popular fue facilitada por la presencia de masas de obreros llegados a las grandes ciudades desde el interior del país, a consecuencia de la expansión industrial que había tenido lugar en la década del 30 y durante la guerra, por el proteccionismo automático que ésta había producido.³⁴ La afluencia de la nueva clase obrera significó para la ciudad de Buenos Aires y otros centros industriales una radical transformación demográfica, casi en las proporciones de la que tuvo lugar a fines del siglo pasado y comienzos de éste. Puede decirse que las ciudades principales del país pasaron por situaciones de gran ebullición social durante dos períodos históricos. El primero corresponde a la migración internacional desde Europa, alrededor de fin del siglo pasado y comienzos de éste. Producto de ella fue la agitación que llevó a las grandes huelgas y a los atentados anarquistas. Más adelante, la efervescencia disminuye, la prosperidad, la movilidad social y la reconstitución familiar y barrial de los extranjeros los convierte en una pacífica clase media o una sólida clase obrera, orientados hacia un sindicalismo economicista y un socialismo reformista que convivían fácilmente con el sistema existente. Pero desde fines de la década del 30 y especialmente durante la segunda guerra mundial aparece otra efervescencia, esta vez impulsada por los migrantes internos. Otra vez una situación de movilización social, insatisfacción y violencia potencial, expresada en huelgas. La preocupación por lo que pueda venir se torna obsesiva entre las clases dominantes, se recuerdan las filas de desocupados de la primer posguerra y de los años treinta, que habían provocado tantas salidas revolucionarias en el mundo.

Si se compara esta situación con la de principios de siglo puede verse que ahora los dos componentes -la élite insatisfecha y las masas movilizadas- tienen más posibilidades de fusionarse en un movimiento político. Para los nuevos migrantes criollos la cultura, la tradición y la identificación étnica los volvían más fácilmente influibles por una élite nacionalista y militar que por los líderes establecidos del movimiento obrero, quienes luego de la calma de las décadas del veinte y del treinta tenían una mentalidad algo aburguesada, muy ligada todavía a la del inmigrante extranjero. Los mismos hijos de los inmigrantes, en cambio, estaban comenzando a tener una mentalidad más nativista, en parte gracias a la exitosa amalgama social.

Los elementos del drama ya están en escena: un poco de *virtú* y de *fortuna* hicieron el resto y he aquí que Perón emerge al frente de un movimiento popular, luego de triunfar sobre el sindicalismo anterior,³⁵ al transformarlo en un componente de un movimiento nacionalista. La síntesis entre los dos elementos -élite y masas- se llevó a cabo, pero bajo la dirección de un sector importante de las fuerzas armadas. Los peligros, por lo tanto, estaban bajo control. La posguerra resultó ser lo contrario de lo que se temía. Protección absoluta a la industria, pleno empleo, Estado benefactor y creciente autoritarismo en el área política: los mejores años, no sólo para la clase trabajadora sino también para la burguesía argentina.

Resumiendo los diversos argumentos desarrollados en este trabajo, la hipótesis central es que la extraordinaria proporción de extranjeros -que, como hemos visto, supera por lejos a los otros países considerados, con la única excepción de Uruguay a fines del siglo pasado- produjo cierto vacío, una incongruencia entre la base social y la estructura legal e institucional que podía representarla. La burguesía comercial e industrial y el proletariado eran clases sólidamente formadas, desde el punto de vista económico, homogeneizadas por el éxito de la amalgama social. Pero la representación de estas clases en el campo político no se dio adecuadamente. Si sólo hubiera sido la clase obrera la carente de representación política orgánica, los efectos desestabilizadores hubieran sido menores, aunque también importantes. Hubieran sido menores porque la baja participación de las clases obrera y campesina es típica en los regímenes capitalistas en determinado punto de su desarrollo. De mayor importancia, debido a la mayor incongruencia que produjo, fue la falta de una adecuada representación de la burguesía. Esto es lo que diferencia a la Argentina de otros países en condiciones económicas y sociales similares: la existencia de una clase capitalista burguesa casi totalmente extranjera, y por lo tanto con poca participación política, durante los años formativos de la nacionalidad.

¹ Cf. Greenwood, Gordon (comp.), *Australia: A Social and Political History*, Sidney, 1955, pág. 84; Ward, John, *Empire in the Antipodes: The British in Australia, 1840-1860*, Londres, 1966; Creighton, D. G., *Dominion of the North*. Toronto, 1944; Lower, A.R.M. *Colony to Nation*, Toronto, 1946 y Easterbrook, W. T., y Aitken, H. G., *Canadian Economic History*, Toronto, 1956.

³ Ver nota 2.

⁴ Ver Preziosi, Giovanni, *Gli Italiani negli Stati Uniti del Nord*, Milán, 1909, y Tomasi, Silvano, y Engel, Madeline H. (comps.), *The Italian Experience in the United States*, Staten Island, 1970, especialmente los artículos de Iorio, Luciano, "*The padrone and immigrant distribution*", quien brinda datos sobre la violencia popular contra los italianos, incluyendo varios casos de linchamientos en el Sur (pág. 50) y de Bayly, Samuel, "*Italians and organized labor in the United States and Argentina: 1880-1910*", para quien los sindicatos argentinos desempeñaban funciones similares a las "máquinas" políticas de los Estados Unidos.

⁵ Ver Villafañe, Benjamin, *Nuestros males y sus causas*, Buenos Aires, 1919, págs. 160-161, y también el posterior *La ofensiva radical extremista contra la sociedad argentina*, Buenos Aires, 1935, donde afirma que "estamos en el fragor de una guerra civil total" y que "hay 500.000 terroristas" (casi todos extranjeros) en el país (págs. 68 y 96) y *Chusmocracia*, Buenos Aires, 1937, destinado

a apoyar una ley para la represión del comunismo "ideología foránea, basada en masas humanas exóticas" (pág. 39). Villafañe había participado en la Legión Cívica y era senador nacional.

⁶ El periódico *Eco delle Società Italiana* organizó una campaña contra la adopción de la ciudadanía en 1889. Ver Parisi, Giuseppe, *Storia degli Italiani nell'Argentina*, Roma, 1907. Un sector de la opinión pública estaba preocupado por "la falta de seguridad de las vidas y propiedades de aquellos que trabajan y producen, particularmente si son extranjeros", en las palabras de Silvio Colletti, en su *Rapporto al Commissario di Emigrazione* del 5 de febrero de 1914. Cf. Falorsi, Vittorio, *Problemi di Emigrazione*, Bolonia, 1924, pág. 37; Brenna, Paulo, *L'Emigrazione Italiana nel Periodo Antebellico*, Florencia, 1918; Guadagnini, Giuseppe, *In America: Repubblica Argentina*, Milán, 1892 y Zuccarini, Emilio, *Il Lavoro degli Italiani nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires, 1910.

⁷ Cf. Oved, Iacov, *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*, México, 1978, Enrico Malatesta y Pietro Gori eran los más conocidos entre los intelectuales. Radowitzky, el joven anarquista que arrojó una bomba y mató a Falcón, el jefe de policía, era extranjero. Cf. Quesada, Ernesto, *Argentine Anarchism and La Protesta*, Nueva York, 1979. Entre los menos conocidos, estaba Francesco Momo, quien había estado en Buenos Aires entre 1882 y 1895 publicando *Il Socialista* (1887) y *La Miseria* (1890), para volver luego a España donde murió cuando estalló en sus manos una bomba que estaba preparando, como se informa en *Lavoriamo*, "Periodico di Propaganda Comunista Anarchica" de Buenos Aires (I, 6, 1 de julio de 1893). En el mismo año Angelo Careghini publicó en Rosario *Demoliamo*, con el lema "pensamiento y dinamita". Otros anarquistas de la colonia italiana en Buenos Aires condenaban determinado tipo de violencia individual mal orientada, que podría provocar el aumento de la represión. Cf. *L'Avennire* (VII, 164, 24 de octubre de 1901). *L'Avennire* era un periódico anarquista muy conocido, partidario de la organización, que mantenía diálogo con los socialistas a pesar de criticarlos por su participación en la política electoral. Ver *L'Avennire* N, 54, 11 de setiembre de 1898, donde hay un comentario de un mitin político en la *Società Artigiana* que relata una discusión entre Pietro Gori, José Ingenieros, Tulio (otro anarquista), Mattei (también anarquista) y Mari (mazziniano antiparlamentario).

⁸ "¿Cuál es la causa de los profundos problemas de hoy, sino el hecho de que las clases trabajadoras no tienen representación en el Congreso?" pregunta Joaquín V. González en la sesión de la Cámara de Diputados del 27 de noviembre de 1902, agregando que no es necesario preocuparse ante la perspectiva de incorporación de "los creyentes en las teorías más extremas y extrañas del socialismo contemporáneo... (porque)... es mucho más peligroso que estén ausentes". *Obras Completas*, Buenos Aires, 1935-37, 25 vols., vol. VI, págs. 181-182.

⁹ Cf. "Invitación-Manifiesto para la formación de un partido nacional", *ibidem*, vol. XXIII, pág. 25.

¹⁰ *Monitor de la Educación Común*, número especial, 1934. En marzo de 1882 dos obreros italianos, Volpi y Patroni, fueron encarcelados y torturados por la policía de Montevideo. El jefe de la estación naval italiana, Carlo de Amezaga, demandó imperiosamente su liberación a las autoridades locales, y al no ser atendido, desembarcó con algunas fuerzas y los liberó. El incidente causó una fuerte reacción en los medios políticos del Río de la Plata, incluyendo a Sarmiento, para quien la defensa de los derechos humanos era responsabilidad de las autoridades locales, no de las extranjeras, especialmente por la forma que había tomado. Cf. Parisi, G., ob. cit. y Di Tella, Torcuato, y Halperin Donghi, Tulio, (compiladores), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, 1969, págs. 305-310. En estas épocas hubo varios casos de ataque popular contra italianos, como en Estados Unidos (cf. nota 4), aunque menos violentos. Ver Parisi, ob. cit., pág. 200.

¹¹ Cf. Campolieti, Roberto, *La Colonizzazione Italiana nell'Argentina*, Buenos Aires, 1902.

¹² Sergi, Jorge, *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, 1940, págs. 141-146.

¹³ *Ibidem*, págs. 130-134.

¹⁴ Parisi, Giuseppe, ob. cit.; Briani, Vittorio, *La Stampa all'Estero delle Origini ai Nostri Giorni*, Roma, 1977; Cittadini, Basilio, "Quarant'anni dogo", en *La Nación*, edición especial, 25 de mayo de 1910, págs. 203-204; Vangione, Virgilio, "Los italianos en el periodismo", en *La Nación*, edición especial, 9 de julio de 1916; Cuneo, Nicolás, *Storia dell'Emigrazione Italiana in Argentina*, 1810-1870, Roma, 1940.

¹⁵ Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires, 1856.

¹⁶ Parisi, G., ob. cit., págs. 119, 147, 159 y Sergi, ob. cit., págs. 324-325.

¹⁷ *L'Amico del Popolo*, antes de las elecciones nacionales, lamenta las pocas posibilidades que parece tener Tejedor, debido a la apatía de la población (II, 58, 15 de febrero de 1880), pero más adelante no apoya el estilo belicoso de los mitristas, quienes decían que era necesario ir armados a rodear el Congreso Nacional cuando este cuerpo examinara la validez de las elecciones en las provincias, agregando que desde ese momento la candidatura de Tejedor era equivalente a una guerra civil (II, 65, 4 de abril de 1880). Sobre la participación de los batallones italianos, ver Parisi, G., ob. cit., pág. 261, y Sergi, ob. cit., págs. 407-409.

¹⁸ De Vedia y Mitre, Mariano, *La Revolución del noventa: origen y fundación de la Unión Cívica, Causas, desarrollo y consecuencias de la revolución de julio*, Buenos Aires, 1929; *La Unión Cívica: Su Origen, Organización y Tendencia* (compilación de José Landerberger y Francisco Conte), Buenos Aires, 1890 y Demarco, Miguel Ángel, y Ensínck, Oscar, *Historia de Rosario*, Rosario, 1979, pág. 258. Una ley provincial de diciembre de 1890 quitó a los extranjeros el derecho de votar en las elecciones municipales (pág. 259). Ver también Cabral, César A., *Alem: informe sobre la frustración argentina*, Buenos Aires, 1967, págs. 432 y subsiguientes.

¹⁹ Balestra, Juan, *El noventa*, Buenos Aires, 1959, 3ª edición, y de Vedia y Mitre, Mariano, ob. cit.

²⁰ Gallo, Ezequiel, *Colonos en armas*, Buenos Aires, 1977; Lana, Raúl, *Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, 1942, pág. 58, sobre la participación de De la Torre en la revolución de 1893 en Rosario.

²¹ Sergi, ob. cit., págs. 455-456. *L'Amico del Popolo* ataca a los organizadores de esta nueva legión (XX, 1027, 14 de agosto de 1898) e informa sobre una reunión realizada para protestar contra las leyes represivas sancionadas en Italia, durante la cual los editores distribuyeron un manifiesto anti-Legión. Dispersados por la policía, los participantes se reagruparon en el local del Partido Socialista, de México 2070 (XX, 1025, 31 de julio de 1898).

²² El factor étnico interfirió a veces en la organización sindical, como sucedió en el gremio de los panaderos, que luego de una huelga fracasada se dividió en cuatro grupos: uno italiano, uno español y otros dos sin características étnicas definidas (probablemente más nativos). Ver *El Obrero* (ex *Obrero Panadero*) III, 48, 6 de octubre de 1901 a IV, 53, 25 de enero de 1902; y Solberg, Carl, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile 1890-1914*, Austin, 1970.

²³ *L'Amico del Popolo*, II, 58, 15 de febrero de 1880.

²⁴ Un editorial de *L'Amico del Popolo*, firmado por Lorenzo Costaguta, se define como perteneciente al "partido socialista republicano" (XIV, 122, 16 de octubre de 1892). En oposición a los anarquistas, plantea que "la violencia vendrá, pero será una corriente formidable que se llevará todo por delante con su fuerza destructiva. Pero cuando la violencia haya pasado, será necesario prepararse para la reconstrucción de la sociedad, y entonces, ¿qué cosa sólida y permanente será posible construir si sólo hemos predicado la ciega adoración a la violencia?" (XV, 784, 23 de diciembre de 1893). En 1894 creía que se vivía en todo el mundo una era revolucionaria y que era necesario ir hacia una "república social" (XVI, 788, 21 de enero de 1894). El director, F. Monacelli se identifica con los republicanos de izquierda de Italia, Antonio Frati y Enrico di Marinis, quienes consideran la república como un camino hacia el socialismo (XVI, 790, 4 de febrero de 1894). Poco después, un editorial apoya la convergencia republicano-socialista, pero con "formas", citando a Giovanni Bovio, para quien "cuando

la ciencia encuentra las fuerzas morales intactas, es evolucionista; cuando las encuentra corruptas, es revolucionaria" (XVIII, 914, 24 de junio de 1896), y celebra la elección de Felipe Turati como diputado, pero argumentando que ello se debe al apoyo republicano. Sin embargo, como muestra de su "republicanismo antiparlamentario" deplora que, aunque se ha ganado una diputación, se ha perdido un propagandista del socialismo. En 1897 entra en una polémica con los "socialistas científicos positivistas", quienes lo llaman burgués por su apoyo a la propiedad privada (XVIII, 927, 20 de setiembre de 1896). Todavía en 1907 Monacelli pregunta "¿Adónde va la Argentina?" y encuentra que lo que falta es una "democracia radical" (XXIX, 1351, 20 de enero de 1907). La convergencia con las posiciones de Ferri es notable, ver nota 27.

²⁵ El Partido Socialista fue formado por iniciativa de varios grupos, entre ellos los alemanes del *Vorwaerts*, los franceses de *Les Egaux*, y los italianos del *Fascio dei Lavoratori*. Germán Ave Lallemand entra en una polémica con *L'Amico del Popolo* argumentando que era necesario "rechazar la unidad con la pequeña burguesía, que esconde sus tendencias explotadoras bajo el manto de libre pensamiento, republicanismo, anticlericalismo, etc." (*El Obrero*, II, 51, 9 de enero de 1892). Cf. Ratzler, José, *Los marxistas argentinos del noventa*, Córdoba, 1969. En la misma edición Lallemand critica al Centro Político Extranjero (presidido por Schelky, quien publica *Argentinisches Wochenblatt*) que, luego de haberse opuesto a la Unión Cívica Radical, en ese momento respalda a su candidato presidencial Bernardo de Yrigoyen, quien promete otorgar el voto a los extranjeros.

²⁶ Entre ellas; las actitudes hacia la Guerra Mundial. Ver las discusiones en *Ideas y Figuras* (VI, 114 a VII, 126; 21 de agosto de 1914 a 28 de mayo de 1915).

²⁷ La *Revista Socialista Internacional* (I, 1, 15 de diciembre de 1908), reproduce la conferencia de Ferri, la respuesta de Juan B. Justo y una nota de Carlos Caminos; en la edición I, 2, del 15 de enero de 1909, hay también otro comentario de R. Wilmart, y un largo trabajo de Enrique del Valle Iberlucea, que continúa en ediciones sucesivas hasta la I, 5, 15 de abril de 1909. Ver también Folco Testena (compilador), *Le conferenze di Enrico Ferri nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires, 1911. quien resume las conferencias y las discusiones de la segunda visita.

²⁸ Halperin Donghi, Tulio, "Un nuevo clima de ideas", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del Ochenta al Centenario* (Buenos Aires, 1980), y del mismo autor *Proyecto y construcción de una nación: Argentina, 1846-1880*. Caracas, 1980, especialmente págs. LXXXV II-CI.

²⁹ Halperin Donghi, Tulio, "El surgimiento de los caudillos en el marco de la sociedad rioplatense revolucionaria", en *Estudios de Historia Social*. I, 1, octubre de 1965, y también su *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, 1972.

³⁰ Sectores anarquistas del así llamado Partido Liberal Mexicano, bajo la dirección de los hermanos Flores Magón y otros de la Casa del Obrero Mundial, participaron activamente en la revolución. Los más doctrinarios, como Flores Magón, no querían cooperar directamente con el movimiento de Francisco Madero, pero de todos modos formaron grupos armados, y muchos de los militantes anarquistas abandonaron el grupo doctrinario para apoyar más activamente la revolución. Hart, John, *Los anarquistas mexicanos, 1850-1900*, México, 1974, y Cardoso, Ciro, et al., *La clase obrera en la historia de México: de la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, México, 1980. En Argentina el viejo militante anarquista Dr. Juan Creaghe emigró a México para participar en el conflicto (*Ideas y Figuras*, IV, 75, 11 de julio de 1912). La prensa obrera argentina comentaba los sucesos mejicanos con mucha asiduidad. El órgano oficial de la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), dirigido por sindicalistas revolucionarios, quería emular a "los obreros mejicanos (quienes) han realizado ya lo que nosotros jamás hemos siquiera intentado: derrotar fuerzas del ejército sostenidas por fuertes baterías". *La Confederación*, II, 10, julio de 1911.

³¹ Grela, Plácido, *El Grito de Alcorta: historia de la rebelión campesina de 1912*, Rosario, 1958; Alvarez, Juan, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, 1914, se preocupa por la inestabilidad de los productores agrícolas de la pampa, que podría empujarlos sobre Buenos Aires, reproduciendo las montoneras del siglo pasado, como fue ejemplificado por el Grito de Alcorta.

³² Del Valle Iberlucea, Enrique, *Discursos Parlamentarios*, Valencia, circa 1914, págs. 36-37.

³³ Payá, Carlos, y Cárdenas, Eduardo, *El Primer Nacionalismo Argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, 1978.

³⁴ Sobre este tema hay una conocida polémica (ver la revista *Desarrollo Económico*, núms. 51, 54 y 56) respecto al inicial planteo de Germanía Mi posición, cercana a la de este último, está detallada en "*Working class organization and politics in Argentina*", en *Latin American Research Review*, XVI, 2, 1981 (una versión en castellano se incluye en un libro de próxima aparición).

³⁵ Se puede discutir el grado en que Perón obtuvo el apoyo libremente expresado de dirigentes del movimiento obrero preexistente, pero es bastante claro que la incorporación fue hecha de manera mucho más dependiente que lo que normalmente ocurre en un partido político de expresión obrera. En ese sentido el peronismo actual es bastante diferente al de aquella época, por la decidida autonomía, y aún hegemonía, que el sindicalismo tiene en su organización política.